

Es innegable que la realidad actual exige soluciones a corto plazo para los innumerables problemas sociales, económicos y ambientales existentes, pero además se requiere la generación de esquemas sustentables de largo alcance, que sienten las bases para una sociedad sin desigualdades insultantes y en una relación más sana con el ambiente. Para lograrlo, es necesario apoyarse en la investigación científica, entre otras acciones. Sin embargo, realizar investigación científica hoy en día es una labor que reta la creatividad y compromiso de investigadores e investigadoras, no sólo por la complejidad de los fenómenos que es importante atender y entender, sino porque en las naciones latinoamericanas, y en México en particular, no existe una política científica que apoye de manera decisiva este quehacer.

A diferencia de la política científica que instrumentaron algunos países industrializados en el periodo de posguerra, en América Latina el esfuerzo científico y el diseño de las políticas para el sector ha tenido un carácter imitativo, pero sin el decidido apoyo gubernamental y sin el poder en la toma de decisiones que logró la élite científica en aquellos países. Además, sin una verdadera relación entre la ciencia y la sociedad, lo que se ha manifestado en un relativo aislamiento de la comunidad científica.

Cabe mencionar que México es uno de los países que destinan menos recursos a las actividades de ciencia y tecnología. La propuesta de incrementar el presupuesto del rubro al 1% del PIB, no sólo no se alcanzó, sino que se ha reducido, dejando el reto del autofinanciamiento de buena parte de las actividades de investigación o de operación a los propios centros de investigación y universidades. En general, la actividad científica debe afrontar grandes retos, con el fin de generar una nueva comprensión de la realidad, legitimada socialmente y capaz de propiciar cambios en las prácticas sociales; cambios enca-

minados a lograr mejores niveles de vida para la sociedad en su conjunto.

Por estas razones, en el presente número de ECOfronteras queremos plantear algunas reflexiones en torno a la importancia de la ciencia y la tecnología en un contexto de crisis generalizada, en el que la situación de vulnerabilidad e inequidad es lo común entre la población mexicana; situación que requiere ser revertida.

En el primer artículo se plantean las inaceptables condiciones de desigualdad y de desventaja social que padecen ciertos sectores; el panorama no es alentador, así que queda abierta la interrogante respecto a las acciones por realizar. El segundo texto destaca la importancia de que la actividad científica responda, justamente, a las necesidades sociales, partiendo de que el conocimiento es una construcción colectiva y quienes realizan investigación no pueden desvincularse de sus actores.

Posteriormente se plantea un grave problema que enfrenta hoy en día la actividad científica: las políticas esta-

les la orillan a actuar desde una lógica empresarial y no desde la lógica social que tendría que ser su fundamento. Ese desdén hacia la ciencia y la investigación queda evidenciado también en el artículo sobre la epidemia causada por el virus de la influenza AH1N1. Además incluimos un texto sobre la trascendencia de la labor científica, particularmente la ciencia básica, la cual brinda aportes sustantivos en términos democráticos, culturales y de aplicación del conocimiento. Finalmente, presentamos el relevante papel que ocupa el Sistema de Centros Públicos CONACYT dentro del esquema general de las instituciones dedicadas a la investigación en México.

Esperamos que este número de ECOfronteras brinde elementos de reflexión para que como sociedad tomemos conciencia de que impulsar una cultura científica es un factor de primer orden.

Austreberta Nazar, Sociedad, Cultura y Salud;
Juan Pablo Carricart, Conservación de la Biodiversidad

Editorial

